

Al principio no se advertían más que rasgos indecisos, líneas sin dirección, que se revolvían unas con otras, enredándose en fantástico laberinto. En medio de esta confusión, se distinguían trazos bruscamente interrumpidos, letras á medio hacer y cifras que formaban palabras impronunciabiles, como si se hablara allí un lenguaje ignorado de los hombres; era el caos de la escritura. Después se leían claramente estas dos letras: «Sí.»

Era, según el marqués, la respuesta á su primera pregunta.

Este escrito fantástico obtuvo una risa general, y el marqués, paseando la mirada por el corro, también se sonrió; indudablemente se estaba burlando de los que le oían. Así lo creyeron todos. Después dijo:

— Mi segunda pregunta fué ésta: *¿Quién ganará el pleito?..* Y he aquí la respuesta.

Y señalando con el dedo, leyó: «*Mauricio Ripoll.*» Semejante respuesta hizo estallar estrepitosamente la hilaridad de los concurrentes. Mauricio Ripoll había sido consocio de Valle-alegre, cuando éste era socio del difunto Americano; mas se ignoraba el paradero de Ripoll, y había algunos datos que inducían á creer que había muerto en América. La respuesta del oráculo no tenía sentido común... No obstante, el banquero no tomó parte en la algarazara, y el hijo del duque notó cierto estremecimiento en el brazo de Góngora, que continuaba asido al suyo.

— Riámonos — dijo el marqués, — pero veamos la tercera respuesta. Yo pregunté: *¿Es Valle-alegre invencible?..* Y el espíritu contestó: «*Cayó en mi poder, está perdido.*»

Diciendo esto, extendió el brazo para que los curiosos pudieran comprobar con sus propios ojos la exactitud de aquellas respuestas misteriosas, escritas con lápiz en el pliego de papel que tenía en la mano. Entre tanto el banquero, apoyado contra el mármol de la chimenea, mostraba

en la desdeñosa seriedad de su semblante que la broma del marqués le parecía de malísimo gusto.

— ¡Oh! — exclamó uno de los que examinaban los caracteres trazados por el lápiz. — Indudablemente las letras son fantásticas. Es preciso estar ciego para no ver en ellas ciertos rasgos característicos del otro mundo; y, por lo demás, advierto que los espíritus desdeñan por completo toda clase de ortografía.

Otro añadió:

— Quizá en esa omisión consista la obscuridad de las respuestas; porque, en fin, ¿qué es lo que podemos sacar en limpio?..

El marqués no replicó nada á estas observaciones; pero cruzándose de brazos, como quien hace un supremo esfuerzo de paciencia, animó su movible fisonomía con un gesto tan expresivo, que á nadie se le ocultó su sentido.

Quería decir pura y simplemente: «Señores, son ustedes unos imbéciles.»

Luis se adelantó, atrayendo hacia sí la atención de todos los circunstantes, y dirigiéndose al banquero, le dijo:

— Esta broma del marqués es verdaderamente diabólica, porque lo veo dueño de un secreto que yo solo creía poseer.

Y volviéndose á los demás que formaban el corro se inclinó, añadiendo:

— El Sr. Valle-alegre ha rechazado todos los términos de avenencia, y el pleito que desde ayer creen ustedes fracasado es ya inevitable.

Miráronse unos á otros, como si se preguntaran: «¿Habla formalmente?..» Y Luis, que comprendió esta duda, contestó diciendo:

— Sí, no tengo por qué ocultarlo; y lo más serio del caso es que, en efecto, Mauricio Ripoll es el que me ha decidido á presentar la demanda.

Góngora hablaba, pues, formalmente. Mas ¿qué debía pensarse de sus palabras?.. ¿Era aquella una escena preparada de antemano por el marqués y Luis?.. Algunas objeciones podían hacerse contra esa suposición; pero Valle-alegre la encontró tan probable, que le dió completo crédito. ¿Habría caído también Góngora en las diabólicas alucinaciones del *espiritismo*?.. Esto creyeron algunos. Pero ¡bah!, todo ello podía ser una mera coincidencia... ¿Por qué no? El mundo está lleno de ellas, y la casualidad es el gran recurso de las ciegas incredulidades.

Por lo que hace al marqués, se hallaba en el colmo de la satisfacción. Acababa de obtener la prueba irrecusable de que los muertos hablan, y había encontrado en su ayuda de cámara un medio eficaz de comunicación con el otro mundo. Así es que dobló cuidadosamente el pliego de papel surcado por el lápiz maravilloso, y mirando por encima del hombro á los que le rodeaban, con la superioridad del hombre que se halla en íntima inteligencia con los espíritus, les volvió la espalda, diciendo entre dientes:

— ¡Imbéciles!..

Entonces Góngora se dirigió á Valle-alegre, y le dijo:

— El demonio se ha metido resueltamente en nuestro pleito, y ya lo ve usted, los muertos hablan.

— A lo menos — añadió el banquero — escriben.

— Eso es — repitió Luis, — escriben.

Dió Valle-alegre á su fisonomía una expresión francamente burlona, pronunciando estas palabras:

— Nunca pude imaginarme que tenía que habérmelas con un letrado *espiritista*; mas ya veo que se apela á la intervención de los difuntos, y me avendría á una transacción razonable, si no estuviera mi amor propio tan comprometido en este asunto.

Luis le contestó:

— Sin apelar á las abominaciones del *espiritismo*, podré

demostrarle á usted que hay ocasiones en que *los muertos hablan*.

El banquero se encogió de hombros, y Luis se alejó del corro, dejando á los que lo formaban murmurar en voz baja.



Y rompió á llorar...

Poco después del diálogo que acabamos de oír, la concurrencia fué disminuyendo hasta agotarse. Habían desaparecido sucesivamente los personajes más importantes de este cuadro, y sólo la baronesa esperaba... Claro está, esperaba que el brigadier viniera á ofrecerle el brazo para bajar la escalera... Y esperó en vano, porque el brigadier se había marchado oportunamente.

Dieron las doce, y tuvo que resignarse á bajar la escalera sin el apoyo de aquel brazo amigo. Margarita la acompañó hasta la última puerta. Allí se despidieron, y, con-

tra su costumbre, no besó la baronesa las mejillas de su amiga.

Luis también había desaparecido con la concurrencia. Por lo visto, había vuelto á salir, pues no estaba en su cuarto. Margarita se retiró silenciosa á su habitación; besó á Serafín, que dormía dulcemente, y rompió á llorar, porque no pudo contener por más tiempo el llanto que se agolpaba á sus ojos.

CAPÍTULO XXIII

EL ESCRITO

Al día siguiente el Sr. Buenaventura acudió al despacho de Góngora más temprano de lo ordinario. Oculta la mirada detrás de los cristales de sus gafas, con la boca fruncida y el paso precipitado, marchaba sin detenerse, murmurando entre dientes siempre que algún obstáculo lo detenía. Al fin llegó, y era tal su impaciencia, que tropezó en el portal de la casa tan violentamente, que fué á caer de boca al pie de la escalera principal; el sombrero saltó de su cabeza, y las gafas se escaparon de sus ojos, haciéndose pedazos contra el mármol de los primeros escalones. Prorrumpió en una interjección furibunda, hizo esfuerzos para levantarse; pero antes de que pudiera conseguirlo, sintió sobre su cabeza una tremenda carcajada.

No hay nada que desespere tanto al que cae como la risa de los que presencian la caída, y nada más difícil que reprimir esa cruel hilaridad, que nos acomete siempre que vemos rodar un hombre por el suelo. El Sr. Buenaventura, indignado contra la burla de que era objeto, apoyó las manos sobre el pavimento y alzó los ojos, encendidos en aquel instante por el fuego de la ira. Mas apenas los fijó en la persona que los tenía delante, los bajó rápidamente, como si hubiera experimentado en ellos un repentino deslumbramiento.

Apoyado, á la vez, sobre las manos y sobre las rodillas,